

» resistir; sino porque en ello ve los decretos de la Pro-
 » videncia, á quien bendice, y cuya justicia y bondad le
 » son conocidas. No desprecia á los hombres: y en vez de
 » aborrecerlos, los mira como obra y criaturas de Dios;
 » los ama como hermanos, y los manifiesta este amor,
 » aun cuando ellos le ofendan: porque todo el mal que
 » pueden hacerle, es nada en comparacion de las razo-
 » nes que tiene de amarlos. Y así, tanto como los mo-
 » tivos de los estóicos llenan de tristeza el corazon, otro
 » tanto los del cristiano causan alegría, dulzura, y con-
 » tento inexplicables: y así ama, adora, bendice á su
 » Dios continuamente. En cuanto á los bienes, que
 » proponen uno y otro, el Estoicismo y Cristianismo,
 » ¿quién se atreverá á compararlos? Aquél limita todos
 » los bienes á la vida presente; este además de estos
 » bienes, que procura con mayor seguridad y certeza,
 » nos hace esperar otros, en cuya comparacion son na-
 » da los mayores de la tierra. Ambos á dos, el estóico y
 » el cristiano, deben estar dispuestos á dejar la vida;
 » pero el primero la deja para caer en la nada, de don-
 » de salió, ó para perderse y confundirse en el abismo
 » de los séres; el segundo, para dar principio á una
 » vida nueva, y eternamente feliz. Todos los bienes que
 » promete la filosofía estóica, se reducen á un poco de
 » quietud, durante una vida brevísima; ¿pero esta quietud
 » vale siquiera lo que cuesta el conseguirla? No:
 » en la suposicion de un total aniquilamiento, ó de un
 » porvenir como el de los estóicos, el que de un solo
 » golpe se libra de todos los trabajos de la vida, es más
 » prudente que el que se consume en hacer esfuerzos
 » para llegar á no sentir nada. »

388. *P.* Y los dogmas del Cristianismo ¿tienen la misma influencia sobre la felicidad de la sociedad en comun, que sobre la de los particulares?

R. El filósofo, que acabamos de citar, despues de haber examinado los principios del estóico y del cristiano, en lo que dicen relacion inmediata con las personas que siguen unos ú otros, los considera despues con respecto á la sociedad en comun. « Si no se hubiese, añade él,
 » conocido aun la diferencia que hay entre una y otra mo-
 » ral; si se hubiese podido confundirlas, considerándo-

» las en cada individuo, en la sociedad es donde dejan
 » ver la inmensa distancia que hay de una á otra. Aun
 » cuando el estóico hubiese llegado á ser feliz, ó impa-
 » sible, se puede decir que no habria adquirido su feli-
 » cidad ó quietud, sino á costa de los otros hombres; ó
 » al menos negándoles sus auxilios y socorros, *Importa*
 » poco, dice el gran doctor de esta secta, *que tu rival*
 » *sea vicioso, con tal que tu conserves tu tranquilidad.*
 » ¿Qué diferencia entré estas disposiciones del corazon
 » estóico, y los sentimientos de humanidad y ternura
 » que el cristiano tiene para con todos los hombres!
 » Solícito y cuidadoso en procurar serles útil, no teme
 » fatigas, ni peligros; atraviesa los mares, se expone á
 » los mas crueles tormentos por hacer felices á hombres,
 » que jamás ha visto. Figurémonos dos islas, una llena
 » de perfectos estóicos, y la otra de perfectos cristianos:
 » en la una, cada filósofo, como que no conoce las dulzu-
 » ras de la confianza ni de la amistad, no piensa sino en
 » apartarse de los otros hombres: calcula solo lo que
 » puede esperar de ellos, las ventajas y utilidades que
 » podrán proporcionarle, los daños que le podrán hacer
 » y rompe todo trato y comunicacion con ellos: como
 » otro Diógenes, hace consistir toda su perfeccion en
 » estarse dentro de una cuba mas estrecha que la de su
 » vecino. Mas en la otra isla, ¡oh qué armonía! las ne-
 » cesidades, que una vana filosofía no puede disimu-
 » lar, socorridas siempre por la caridad y la justicia,
 » han unido y estrechado á los hombres entre sí: cada
 » uno feliz y gozoso con el bien y la dicha de los otros,
 » lo es tambien en las desgracias que le sobrevienen,
 » por los mutuos socorros que estos le prestan! » En

1 Estas reflexiones pueden servir ciertamente para justificar á un autor célebre de haber *bostezado* leyendo á Epicteto, ese frio pedagogo de la virtud estóica, y de haber expresado, con no menos gracia que verdad, su tedio en estos versos:

Aunque en tono de rector
 La suma dicha predique
 Epicteto á su lector,
 Por poco me pone á pique
 De ser yo el consolador.
 En su flemma disfrazado,

el capítulo VII hace tambien Maupertuis diversas reflexiones sobre la Religion Cristiana, y concluye : que una de las pruebas de su verdad es la de conducir á los hombres á la felicidad. « Si quiero instruirme sobre » la naturaleza de Dios, sobre la mia, sobre el origen » del mundo, y su fin, mi razon se abisma, se confun- » de. Mas si en esta noche profunda yo encuentro el » sistema único que puede satisfacer el deseo que ten- » go de ser feliz; ¿no deberé por el mismo hecho re- » conocerle como el verdadero? ¿no debo creer, que » el que me conduce á la felicidad, no puede engañar- » me? »

389. P. ¿ Los demás filósofos han hablado de la misma manera de la Religion Cristiana, considerada respecto á la felicidad del hombre?

R. Tomos enteros serian necesarios si se hubiesen de

Se descubre sin cesar
Un hombre á quien de contado
El peso tiene encorvado
De la miseria y pesar.

Y en tanto bello discurso
Como fabricó erudito
Mientras fué feliz su curso,
El esclavo, sin recurso,
Conozco de Epafrodito.

Mas ya miro desde aqui
Cual rechina el Zenonismo,
Al mirar que trate así
A un santo del paganismo :
Y á fe no consiste en mi.

Perdon, y valga la excusa ;
Pero es justo que así hable
Incomodada mi musa,
Que otros elogios rehusa
A obra tan insoportable.

* Sin embargo este Epicteto es el modelo que en el *Eusebio* se presenta á este jóven educando. ¿ Porqué teniendo virtudes cristianas hemos de ir á buscar modelos entre las fastuosas virtudes de los gentiles? ¿ porqué teniendo los libros santos y cristianos, dejando estas puras fuentes, hemos de preferir el ir á beber en las cisternas rotas del Gentilismo? ¿ Qué motivo para persuadir la virtud á un jóven, hablarle de la trenza de pelo de su Leocadia!

referir todós sus testimonios : citaremos algunos. « La » Religion Cristiana, dice Montesquieu (*Esprit des Lois*, l. 24, c. 3), que parece no tiene mas objeto que » la felicidad de la otra vida, nos hace tambien dichosos » en esta¹. » J. J. Rousseau partiendo del mismo principio, concluye (*Emil*. t. III, p. 197), que la doctrina de los filósofos anti-cristianos no puede ser verdadera. « Los que siembran é infunden en los corazones esas » desconsoladoras doctrinas, dicen que la verdad nunca » puede perjudicar á los hombres; lo creo en verdad » tambien como ellos, y esta es á mi entender una de las » mejores pruebas de que lo que ellos enseñan, no es la » verdad. » Vimos ya (n. 368) otro pasaje suyo, sobre la felicidad de una familia donde se observan las leyes del Evangelio, y se verifica la bellísima descripcion que el Apóstol San Pablo forma de una familia cristiana². « En » el envejecido paganismo no se veian ya, añade otro » (*Histor. filosóf. y politic. del comercio*, t. I, p. 2), sino » infamias y vicios. El pueblo, que no veia sino tiranos » en la tierra, se buscó un asilo en el cielo : el Cristia- » nismo vino á consolarle, y le enseñó á sufrir con mé- » rito, mientras que por otra parte las vejaciones y la » disolución de costumbres minaban el paganismo junta- » mente con el imperio. » ¿ Quién creeria que el enemigo mas furioso del Cristianismo es el que le tributa este homenaje? « Jamás se vió Religion en el mundo, dice » Bolingbroke (*Obras postum.* t. 4, p. 291), que mas » directamente haya procurado la paz y felicidad del » hombre que la Religion Cristiana, tal como fué ense-

¹ El P. Hayer explicó y probó este dicho del presidente filosofo en un tratado intitulado : *Utilidad temporal de la Religion cristiana*, 1774. — Véase tambien el *Aviso del Clero de Francia*, en 1775, sobre las utilidades de la Religion, y los perniciosos efectos de la incredulidad.

² Mulieres, subdita estote viris, sicut oportet, in Domino. Viri, diligite uxores vestras, et nolite amari esse ad illas. Filii, obedite parentibus per omnia : hoc enim placitum est in Domino. Patres, nolite ad indignationem provocare filios vestros, ut non pusillo animo fiant. Servi, obedite per omnia dominis carnalibus, non ad oculum servientes, quasi hominibus placentes, sed in simplicitate cordis timentes Deum. *Coloss.* iii, 18-22.

» nada por Jesucristo y sus Apóstoles. » La Enciclopedia en el art. *Bonheur*, dice lo mismo : « No se debe oponer » á esta máxima la moral y la Religion de Jesucristo, » nuestro legislador, y al mismo tiempo nuestro Dios, el » cual no vino á destruir la naturaleza, sino á perfeccionarla ; no nos hace renunciar al amor del verdadero » placer, ni condena la virtud á ser infeliz sobre la tierra. » Su ley está llena de gracias, y atractivos, y toda ella » se comprende en el amor de Dios, y del prójimo. La » fuente y manantial de los legítimos placeres no es menos copiosa para el Cristiano, que para el impío. Pero » en el orden de la gracia él es infinitamente mas feliz » por lo que espera que por lo que posee¹. La felicidad » de que goza en el mundo, viene á ser para él un género de felicidad eterna. Sus placeres son los de la » moderacion, de la beneficencia, templanza, y de una » buena conciencia; placeres puros, nobles, espirituales, » y superiores en mucho á los placeres de los sentidos. » Por último, el autor mismo de la *carta á Urania* (Voltaire), despues de haber empleado todas sus fuerzas en declamar contra el Cristianismo, vuelve sobre sí, y por una especie de retractacion súbita é inesperada, declara abiertamente, que si el Evangelio es un error, es un error que hace felices á los hombres (*Now. mélang. philos. hist. crit. 2, part. p. 312, edit. de 1772*).

¿ Pero qué augusto objeto se presenta
En este punto á la turbada vista ?
Yo reconozco al Cristo poderoso,
Al unguido del Padre y al Mesias.
Á su lado brillando en clara nube
La Cruz santa y triunfante se divisa :
Yace á sus piés la muerte por trofeo :
Las puertas del Infierno se le humillan.
La voz de los oráculos sagrada
De su reino anunció la primacia,
Y una tropa de mártires gloriosa
Es firme apoyo de su eterna silla.
Prodigios son los pasos de sus siervos,
Á cuya lealtad grandioso brinda
Con premios superiores al deseo,

¹ Promissionem habens vitæ, quæ nunc est, et futuræ. *I Tim. iv.*

Que en medio de las penas los animan.
Santos son los ejemplos que propone :
Hermosa y noble su moral divina,
Que en secreto consuela á aquellas almas
Para dignos modelos escogidas.
Del mundo en los mayores contratiempos
Ella los fortalece y los auxilia ;
Y aun cuando en la impostura se fundase¹,
Por él ser engañado fuera dicha.

§ 10.

390. *P.* Pero aunque la filosofia antigua sea inferior al Evangelio, y no pueda formar la dicha y felicidad del género humano, ni en comun ni en particular, es decir, ni la de la sociedad ni de los individuos; ¿ la doctrina de los filósofos modernos, que tan constantemente predicán la virtud, no podrá suplir al Cristianismo² ?

R. 1º Hemos visto que los filósofos carecen de autoridad, y que sus preceptos no llevan sancion alguna : que en nada están acordes, ni tienen principio alguno fijo : que trastornan todos los fundamentos de la virtud, y que ellos mismos confiesan la necesidad de una Religion; y por otra parte hemos probado que la cristiana era la única verdadera. *El espíritu de Dios*, segun el testimonio de la Escritura, no da fuerza ni uncion á las máximas pomposas de una virtud *facticia*, desdeña la obra de sus enemigos, y está tan distante de sus lecciones de moral, como de sus *ininteligibles sistemas*³.

¹ ¿ Una doctrina fundada por la impostura, puede tener los caracteres y pruebas que aquí enumera Voltaire? ¿ Un error, sea el que sea, puede nunca producir una verdadera felicidad?

² Nada expresa mejor el orgullo dogmatizante de estos moralistas, que aquel pasaje de San Agustín : « Fuerunt quidam philosophi de virtutibus et vitis subtilia multa tractantes, dividentes, definientes, ratiocinationes acutissimas concludentes, libros implentes, suam sapientiam buccis crepantibus ventilantes, qui etiam dicere auderent hominibus : Nos sequimini, sectam nostram tenete, si vultis beatè vivere. Sed non intrabant per ostium : perdere volebant, mactare, et occidere. » *Tract. 45 in Joan.*

³ Spiritus enim Sanctus disciplinæ effugiet fictum, et auferet se à cogitationibus, quæ sunt sine intellectu. *Sup. 1, 5.*

2º Conocemos por experiencia los efectos de la Religión cristiana. Ella ha derribado uno en pos de otro todos los ídolos y dioses falsos, ha disipado los vanos temores que en todas partes se tenían de esos seres imaginarios, ha abolido la costumbre general de aplacarlos con sacrificios de sangre humana por los combates de los gladiadores, y aun con la sangre de los hijos mas tiernamente amados: ha desacreditado los oráculos, los sortilegios, y todas las especies de divinacion, con asombro y aun despecho de la filosofía, que los tenía bajo su proteccion: ha suprimido ó suavizado la esclavitud, humanizado las naciones, estrechado los vínculos de la sociedad, hecho menos sanguinarios los Gobiernos, desterrado las deyoiciones licenciosas, mas gratas y amadas de los idólatras que sus dioses mismos; aquellas fiestas impuras; únicamente propias para violar impunemente las obligaciones del matrimonio, y degradar la humanidad: ha ilustrado igualmente á todos los hombres, hecho inteligible la verdad á los mas sencillos y groseros pueblos, y esto aun desde la mas tierna edad, etc. Esto habia hecho la Religión cristiana. Mas desde que los filósofos emprendieron establecer el reino de la irreligion, ¿qué mutacion feliz hemos visto en el mundo? Si juzgásemos por sus promesas, debería haber mayor probidad en el comercio, mas lealtad en las amistades, mas desinterés en los tratos y negocios: la equidad, la gravedad, la decencia, el estudio de las leyes, todo debia haber llegado á ser perfecto en el santuario de la Justicia: la aplicacion, la capacidad, la fuga del lujo y de la molicié, deberían reinar en el estado militar: el pudor, la modestia, la decencia y el decoro en las familias: el amor del pueblo en los que gobiernan: el deseo del bien público en los particulares; y la generacion presente debia ser un perfecto modelo de las venideras. ¿Pero los filósofos tratarán seriamente de persuadirnos que se ha obrado este prodigio? ¿no se verán obligados á gemir con nosotros sobre la triste revolucion que han ocasionado sus máximas en todas las edades y condiciones? ¿No vemos, por desgracia, vindicada ya altamente la Religión de nuestros ultrajes por la depravacion de nuestras costumbres? ¡Oh dolor! La inocencia se ha corrom-

pido en todos los estados: el soplo impuro y abrasador de la impiedad ha secado las almas, y consumido las virtudes. El pueblo era pobre, pero vivia consolado: hoy está oprimido de sus trabajos y de sus dudas. Se sostenia con la esperanza de una vida mejor; ahora lleva sobre sí y sin alivio el peso insoportable de las penas de su estado, y los nuevos apóstoles no le señalan otro término de su miseria que la muerte ó la nada. ¡Quiera Dios que el exceso de tantos males abra por fin los ojos de los que han sido sus autores!

391. *P.* ¿De dónde viene en cierto número de filósofos esa exterior adhesion á la virtud, esos miramientos por la honestidad y decoro, esas atenciones é inclinacion por la beneficencia, ese lenguaje, en fin, que imita y sustituye al de la Religión? (*Véase el núm. 132.*)

R. Todo esto procede de la Religión misma, que han abjurado. A pesar de todos sus extravíos las primeras impresiones del Cristianismo aun subsisten: los efectos sobreviven á la causa, y en el naufragio general se han salvado estos pequeños restos. Si desde sus primeros años se les hubiesen inspirado las máximas del ateísmo, del deísmo ó indiferentismo, habrían sido libertinos declarados, y enemigos furiosos, no menos de las apariencias, que de los verdaderos frutos de la virtud. Lo mismo debemos decir de las luces que han conservado en medio de la noche y oscuridad por donde caminan extraviados. De uno y otro son deudores á la Religión, y ella es, segun la reflexion de Bayle, que ya hemos referido, la que les ha enseñado esas preciosas y sublimes verdades, que la fria é inconstante razon les hubiera dejado ignorar, ó cuando mas las habria manifestado imperfectísimamente. Sin el Cristianismo ellos, sus padres, y la larga serie de sus antepasados, habrían permanecido tan incultos y bárbaros como los Galos, Vándalos, Ostrogodos, Hunos, Scytas, etc., de quienes descienden. Aquellas naciones no perdieron su ferocidad sino con la profesion del Cristianismo; y sin él la Europa, despues de la destruccion del imperio romano, habria sido lo que hoy es la Grecia, y el Asia menor, la Siria, el Egipto, y todos los reinos del Oriente. — Hemos observado ya (*n. 380*) que sin la Religión cristiana, la filosofía y todas las ciencias

se habrían sepultado bajo las ruinas del imperio romano, inmoladas al furor y exterminio de los Bárbaros. Con razon se miran los incrédulos como unos hijos ingratos, que despedazan el seno de la madre, que les dió el sér, y de quien recibieron todo lo que tienen de apreciable: *Filios enutrivi, et exaltavi; ipsi autem spreverunt me* (Isai. 1).

392. *P.* Y la *beneficencia*, de que tanto se glorian los filósofos, y aspiran á tomar por divisa, ¿es una verdadera virtud¹?

R. No hay mas razon para creer que la beneficencia esté mejor establecida entre ellos, que las otras virtudes, de las cuales hemos juzgado segun testimonios no sospechosos. Y en efecto, ¿qué amor para con sus semejantes pueden inspirar al hombre unos sistemas, que igualan su naturaleza con la de los brutos; que destruyen el sentimiento que tienen de la nobleza de su origen, y de la grandeza de su destino; que subvierten los principios de la moral, trastornando los de la Religion, fundamento sólido de todos ellos, y el garante mas seguro de su observancia? La caridad cristiana hace amar á los individuos; la filosofia no ama mas que al género humano, á la especie humana. *Ama á los Tártaros,*

¹ Copiaremos aquí un pasaje que hemos leído con placer en una obra moderna. « Lo que creo me reducirá á no leer ya mas, es « aquella manía tan comun en la actualidad en los escritores de « todas clases y naciones, ese furor y como rabia de virtud, que « excita en ellos arrebatamientos, que se acercan mucho al delirio. « Ya no se han de escribir diez líneas sin exclamar: ¡ O bondad! « ¡ o beneficencia! ¡ o santa humanidad! ¡ o virtud! Estas pa- « labras tan repetidas, tan profanadas como distantes de poder ins- « pirar el deseo de ser virtuosos, que llegan á hacer ridículos los « mejores principios, y aun dan tentaciones de abandonarlos por « impaciencia y tedio, como se hace con el autor que por usarlos « fuera de propósito los debilita y aun degrada. Lo confieso inge- « nuamente, leyendo nuestros dramas y romances, y lo que es aun « mas, nuestras obras filosóficas, cobró tanto fastidio de los séres « sensibles, de los séres benéficos, de los virtuosos ciudadanos, « que si en aquellos momentos le viniese á alguno el capricho de « alabar mi bondad, ó de elogiar mis virtudes, exigiria una satis- « faccion y reparacion de mi honra por aquel insulto. » *Cartas de Milord Rivers, etc. Paris, casa de Humblot, 1777.*

como dice Rousseau, *pero no ama á sus vecinos*. El motivo de la caridad cristiana es el mandato de Dios, la hermandad; que la creacion, la redencion, el destino á un mismo fin, á una misma herencia han establecido entre los hombres. El motivo de la filosofia es que los hombres son semejantes: la similitud ó semejanza¹, ser verdaderamente metafísico, substituida á los grandes motivos de la Religion: hé aquí lo que en la moral de los filósofos debe producir la *beneficencia*, la humanidad, y el amor general de todos los hombres. *Tus leyes morales*, decia J. J. Rousseau, á un preconizador de la virtud filosófica, *son bellisimas; pero ruegote que me muestres su sancion. Cesa por un momento de charlar, y dime unicamente ¿ que es lo que sustituyes en lugar de las penas del infierno, para contener al hombre? (Emil. t. 3, pág. 201).*

La beneficencia de los filósofos es una virtud de ostentacion y de vanidad, que no se manifiesta sino en las ocasiones ruidosas, se desentiende afectadamente de los *desgraciados*, que viven en la oscuridad, coloca su recompensa en ser admirada y elogiada, pondera sus favores con los que pueden atraerle aplausos, y mira al género humano como un monton de hormigas. La del cristiano es modesta, pero vigorosa, activa, universal, y no pretende mas que agradar á Dios. Desde el tiempo de San Pablo los filósofos tenían todas las exterioridades de la humanidad y bondad; pero, como observaba el mismo Apóstol, no conocian sus verdaderos motivos, y efectos: *Habentes quidem speciem pietatis; virtutem autem ejus negantes.* (II Timoth. III): y añade aun mas, que todas sus pasiones se reconcentraban en el amor de sí mismos, en el deseo de ser alabados, y en el cebo de un

¹ ¿Y sobre qué se funda esa semejanza en el sistema de los ateos, materialistas y aun deístas, si son consiguientes? El alma del hombre no siendo, segun ellos, mas que materia, no puede fundar una semejanza específica entre dos hombres, mas bien que entre un hombre y un caballo. Queda el cuerpo: bien ¿ y los ciegos, los cojos, los corcobados, etc.? Toda la beneficencia de los hombres bien formados será para los que tengan las mismas dotes corporales; los otros perecerán, si algun rico ciego, cojo ó jorobado no viene á socorrerlos.

vano orgullo; que ni eran padres tiernos, ni hijos obedientes, ni amigos fieles; que la traicion, la calumnia, la crueldad les eran como naturales: porque la compasion, la mansedumbre, la misericordia y la gratitud estaban desterradas de sus corazones; y en fin, que encenagarse en los deleites mas infames habia venido á ser para ellos su ley, y su Dios¹. Hoy, si creemos á J. J. Rousseau (*Pensées de J. J. Rouss. p. 223*), sucede poco mas ó menos lo mismo. Segun él « la filosofía relaja todos los » vínculos de la estimacion y benevolencia, que unen á » los hombres en la sociedad; y este es acaso el mal mas » peligroso que produce.... Un hombre de esta clase ni » es padre, ni ciudadano, ni hombre; es filósofo. » Sin duda que bajó este aspecto debió mirar Vespasiano á los filósofos, cuando se creyó obligado á desterrarlos de Roma; y en verdad, que ellos fueron los únicos que precisaron á este buen Príncipe á usar de una severidad tan opuesta á su carácter é inclinacion². La mayor parte de estos frios especuladores no aman á los otros hombres sino en cualidad de *séres*³. La dulzura afectada de su

¹ Homines seipsos amantes, cupidi, elati, superbi, blasphemi, parentibus non obedientes, ingrati, scelesti, sine affectione, sine pace, criminatores, incontinentes, immites, sine benignitate, proditores, prótervi, tumidi, et voluptatum amatores magis quam Dei. *Tim. iii, 2.* — El mismo retrato hace de ellos en la Epístola á los Romanos, *cap. 1.*

² El Emperador, desterrando á los filósofos, no hacia mas, dice Suetonio, que conformarse con las antiguas leyes dadas contra ellos: y en efecto es así, porque desde el año 160 antes de la Era vulgar, ya habian sido arrojados de Roma por decreto del senado, y el pretor M. Pomponio fué el encargado de velar para que no quedase ninguno. ¿Y porqué? Porque se les miraba, dicen los historiadores, como charlatanes peligrosos, que hablando siempre de la virtud trastornaban todos sus fundamentos, y eran, por otra parte, capaces con sus vanos sofismas de alterar la sencillez de las antiguas costumbres, y extender entre la juventud opiniones funestas á la patria. Por las mismas razones, y siguiendo los mismos principios, Caton el mayor hizo despedir prontamente á tres Embajadores filósofos (*Vide supra Núm. 129*).

³ ¡Ah! sí, yo os amo; pero es en cualidad solo de *Sér.* — *Comedia de los N. Filios.*

lenguaje oculta un plan y sistema de destruccion¹, de horror. Segun el modo de pensar de un antiguo, no manifiestan á los pueblos todas las consecuencias de sus sistemas², antes bien las ocultan bajo las mas seductoras apariencias; porque una manifestacion clara de ellas haria que los abandonasen, desengañaria á sus discipulos, y á las personas que tuviesen aun algunos sentimientos de virtud.

CAPÍTULO IV.

DE LA FE.

ARTÍCULO PRIMERO.

Naturaleza y efectos de la fe.

393. *P.* Supuesto que la fe es un don de Dios, ¿no es cosa inútil amontonar pruebas para establecer su verdad?

R. La conviccion que forma la fe en una alma, es muy diversa de la que solo es fruto del discurso, y de la razon. La virtud de la fe, llena de dulzura y de luces, obra una perfecta sumision del entendimiento, y sustituye á todas las disputas la autoridad de la revelacion: pero el don de la fe supone ordinariamente en el catecúmeno un espíritu preparado por el conocimiento de las pruebas de la Religion, y de los motivos de credibilidad suficientes para persuadirle su verdad.

394. *P.* Si la Religion estuviese rigurosamente demos-

¹ Molliti sunt sermones ejus super oleum, et ipsi sunt jaculas. *Ps. lrv, 22.*

² Nec pueros coram populo Medea trucidet,
Aut humana palam coquat exta nefarius Atræus;
Quodcumque ostendit mihi sic, incredulus odi.

H. A. P.